

## EL BANDIDO ARTUCH

Me llamo Aniceto Rodrigo. Siento que contar historias es encontrar la conexión que logra reunir a los seres humanos más allá del tiempo y el espacio. Os quiero relatar una de las muchas, que al amor de la lumbre del hogaril, oí relatar a mi padre.

Mi pueblo, Cáseda, tiene un término municipal que además de extenso, se prolonga de Norte a Sur más de veinte Km. A toda la parte que queda al otro lado de la Sierra hacia Carcastillo se le denomina La Bardena. Está plagada de corrales que nos permitían permanecer en ellos durante las épocas de labra, siembra y recolección sin tener que regresar todos los días a nuestras casas.

Yo estuve trabajando con mi padre entre los años 1957 y 1962 que es cuando tuve que ir a la mili. Durante los inviernos había muchos días de lluvia que nos obligaban a permanecer a nosotros y a los animales que utilizábamos, mulas y yeguas, recluidos en las dependencias del corral.



Sobre todo al atardecer, cuando habíamos dado cuenta de las migas o la chula con una tostada de ajo, todo bien acompañado del vino recio de la bota, hacía que las historias empezaran a fluir. Lo cierto es que la luz trémula del candil de aceite y el ulular del cierzo ponían el contrapunto necesario para que el miedo me pusiera los pelos de punta cuando mi padre contaba que su madre conoció manadas de lobos que llegaban hasta las puertas del corral y a las que había que ahuyentar a tiros. O que otra noche estando a la vera del fuego unos bandidos le descerrajaron un trabucazo del que se salvó de milagro. Y llegados a este punto, uno joven todavía, sentía que su sangre se helaba y miraba a los ojos del padre buscando protección. Pero sí, sí lo que lograba era aumentar el desasosiego cuando continuaba con la historia de Joaquín Rodrigo que habiendo desertado de la guerra de los carlistas buscó refugio “ahí mismo” y apuntaba con su grueso dedo índice al pajar.

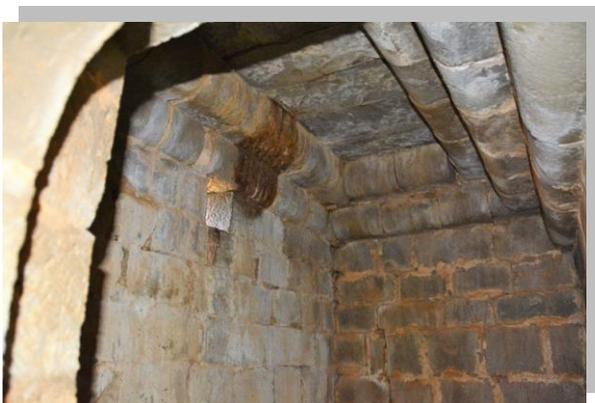
Yo ahora echo en falta aquellos momentos en los que los instagram, los whatshap...no evitaban esas relaciones tan intensas, esas conversaciones entre varias generaciones de las

que tanto aprendí. Ahora veo a muchos comunicándose a distancia y extrañándose en lo cercano, desconociendo a sus inmediatos.

Pero vamos a dejarlo que la nostalgia es cosa de viejos y mi espíritu es todavía joven. Lo que yo quería contar es una historia que mi padre repetía con frecuencia y que él había oído de labios del suyo. La recordé el pasado fin de semana visitando esa maravilla del arte que tantas veces contemplaba con una mezcla de admiración y respeto que siempre han causado en mi espíritu las grandes obras que por creencias, arte o inteligencia, ha construido y lo sigue haciendo el ser humano. Efectivamente hablo de la ermita de San Zoilo, lugar de paso obligado de todos los casedanos y casedanas que, a lo largo de décadas hemos bajado muchas veces cada año a trabajar los campos de Bardena.

Contaba mi progenitor que por esta zona de Cáseda, Gallipienzo, Ujue... merodeaba un bandido de nombre Artuch que se dedicaba a cometer todo tipo de tropelías. Seguramente la cañada de los salacencos, además de ovejas, pastores y amoríos nos lo había traído del Salazar y aquí encontró un territorio abonado para su vida aventurera. Lo mismo robaba vacas royas de las que abundaban en las corralizas que asaltaba en los caminos a los campesinos. Lo cierto es que toda la comunidad estaba aterrorizada. Unos por lo que habían sufrido en sus propias carnes y otros por las leyendas que corrían como el fuego en la pólvora y que se acrecentaban cada noche en los coloquios familiares en torno al fuego de los hogariles. Su leyenda de buen mozo, aguerrido y valiente crecía en el imaginario popular y llegó a ser tan odiado como admirado según las circunstancias.

Tras muchas batidas fallidas en su busca y captura la Guardia Civil logro acorralarlo un mes de abril en las inmediaciones de la ermita de San Zoilo. Como la conocía bien, por haber sido sitio habitual de sus robos tanto en la hospedería aneja como a los muchos peregrinos y pastores que allí acudían, se refugió en la pétrea escalera de caracol que desde la pared norte subía por su interior hasta el tejado.



Allí recibió a las fuerzas del orden a tiros y dada su posición de privilegio en la altura y por la misma configuración de la escalera que impedía el paso a más de un cuerpo a la vez, se hizo fuerte durante toda la mañana.

Los asaltantes pensaron entonces en reducirlo a base de humo. Prendieron fajos de leña verde en el arranque de las escaleras y se dispusieron a esperar a que los gases hicieran su efecto y Artuch o bien pereciera intoxicado u optara por subir al tejado de lajas donde sin refugio sería abatido por los guardias que situados estratégicamente en el exterior lo esperaban apuntando con sus subfusiles.

No contaron con que nuestro bandolero acertó a meterse en una pequeña habitación situada a mitad del recorrido de las escaleras y que durante siglos utilizaban los clérigos como sitio seguro para guardar los hábitos y otros ornamentos sagrados. Disponía de una pequeñísima aspillera por la que aspiraba bocanadas de aire dispuesto a aguantar lo que fuera preciso.

Se acabó tanto la leña como la paciencia de los sitiadores y quisieron iniciar el asalto que duró lo que la vida del primer guardia que lo intentó. Desde arriba Artuch a gritos les decía “¡Tengo treinta cartuchos, veintinueve para los que vayan subiendo y el último para mí!”

Fue acercándose la noche y el cansancio, el hambre y el miedo, hacía su efecto en los de fuera faltos de recursos, y en el de dentro que veía que sus posibilidades de escapar eran nulas.

Se oyeron gritos que rompieron el silencio lúgubre de la noche: “¡Oídme, oídme...Solo me rendiré al capitán de la Guardia Civil del puesto de Lumbier!” Y lo repitió varias veces.

Poco costó ponerse de acuerdo a los agentes de la Ley. Su sargento envió hasta Lumbier a uno de sus hombres para que explicara la situación al citado Capitán. Parecía tener confianza Artuch en que se respetaría su vida, al menos de forma inmediata, si su captor era aquel hombre de valor y respeto acreditado en la comarca.

Y efectivamente, seguía contándome mi padre que el tal Capitán llegó con toda la prontitud posible reventando su caballo y a él se entregó nuestro bandolero.

Así acabaron sus días de robos, asaltos, crímenes que tanto perturbaron a todos los vecinos de esta zona durante tantos años.

Ahora cada vez que voy a la ermita, nada más atravesar su gran puerta y me envuelve la penumbra del interior, oigo con respeto y pavor la voz potente de Artuch que baja desde la escalera llenando el espacio: “¡Treinta cartuchos tengo.....”

Aniceto Rodrigo.

En Cáseda a 11 de abril de 2018